

La guerra de las palabras

CUANDO Giuseppe Zamberti, subsecretario del Interior, afirmaba en Roma que detrás de las Brigadas Rojas estaba la CIA y algún otro servicio de inteligencia norteamericano, estaba acrecentando peligrosamente la tensión entre las grandes potencias. Por su parte, *Izvestia*, órgano oficial soviético, acusaba a la política de Carter de "desviar la atención sobre el tropel efectivo de los derechos civiles y constitucionales en los Estados Unidos". Se refería a los problemas de las comunidades indias, en plena contestación en estos momentos; a las minorías marginadas y a determinados enemigos ideológicos.

La casi totalidad de la prensa occidental se volcaba, a mediados de julio, contra los juicios celebrados en Moscú y en Kaluga contra los disidentes. Lo apresurado de ambas posiciones, los contraataques de la cuasi-guerra fría a la que se ha llegado, impiden, en la mayoría de los casos, matizar concretamente cuál es el verdadero matiz de estas detenciones y procesos. En el afán de contraatacar las grandes agencias informativas mezclan en un mismo saco a Shcharanski y Filatov con Guinsburg y Piatkus.

En Ginebra se detectan agentes soviéticos del KGB y del GRU, mientras en La Habana, Phillip Agee, antiguo agente de la CIA, daba una detallada relación de los agentes norteamericanos en España y en Europa.

En Moscú se ha dictado sentencia contra Anatoly Shcharanski y A. Filatov. Es un proceso por espionaje. Curiosamente, la prensa occidental ha insistido mucho en la defensa de Shcharanski, que fue acusado, según el apartado A del artículo 64 del Código penal de la URSS, "por alta traición y espionaje", así como por el artículo 70 por propaganda antisoviética y ofensas a la patria. Se insiste en que éste es un defensor de los derechos humanos, preocupado por la aplicación de los acuerdos de Helsinki. Filatov, en cambio, acusado, al igual que el anterior, de los mismos delitos, además del de contrabando —en la Unión Soviética considerado como "muy grave"—, no ha merecido el apoyo occidental. Y, sin embargo, Filatov fue condenado a muerte, con una posible ejecución de sentencia en

el momento de redactarse estas líneas. La diferencia es: el problema judío y el apoyo de Israel.

Según la oficina de emigración judía de Viena y el CIME (Comité Intergubernamental de Emigraciones Europeas), solamente durante el primer semestre del presente año han llegado a la capital austríaca once mil quinientos judíos procedentes de la URSS; más de la mitad de los judíos soviéticos van a Israel. Generalmente, los de mayor preparación técnica y nivel cultural. El resto se distribuye entre los Estados Unidos, Canadá y Europa.

Anatoly Shcharanski, según declara *Pravda*, comenzó, por encargo de un servicio de inteligencia extranjero (presumiblemente la DIA, servicio de inteligencia del Pentágono, en colaboración con El Mossad), a recopilar datos sobre judíos que trabajaban en proyectos estatales soviéticos. En otoño de 1976 había localizado a mil trescientas personas, todas ellas técnicos especializados, trabajando en empresas de "Alta Seguridad" (proyectos espaciales, desarrollo de armamento o experimentación tecnológica secreta). Pasó la lista a un corresponsal norteamericano, al que se le atribuye la calidad de agente. Con esta lista, las oficinas de Migración ultimaban detalles y apresuran los trámites para el traslado de dichas personas a Israel. Una ley vigente en la Unión Soviética impide la salida "del territorio nacional de toda persona que trabaje en proyectos de alta seguridad hasta tres años después de haber abandonado su puesto".

La presión occidental para el canje de Shcharanski contrasta con el silencio sobre la condena a Filatov. Este trabajaba, al parecer, por dinero, "ya desde su época de diplomático en Argelia". Conectado con la CIA, recibía fondos que eran depositados en un Banco suizo a cambio de información militar y estratégica. Así como en el caso Shcharanski tuvo apoyo exterior, mediante la Asamblea de Tel-Aviv —el diputado Flatto Sharon—, en los Estados Unidos se ha mantenido un silencio sobre los pagos a Filatov, por considerar que no es defendible como "paladín de los derechos humanos" un agente que ingresa cantidades en el consabido Banco suizo.

La confusión entre *disidente* y

agente —en uno y otro campo— parte del hecho de que se intentó globalizar, tras la campaña de derechos humanos de Carter, todo el proceso de espionaje en ambas zonas. Cuando Vladimir Rezun, miembro de la Embajada soviética ante las Naciones Unidas de Ginebra, pidió asilo político en Londres, fue denominado *disidente*. En realidad, según han confesado las agencias de prensa, tanto Rezun como el antiguo subsecretario de la ONU, Arcady Shevshenko, hace años que venían trabajando "para los servicios de inteligencia norteamericanos". Sólo solicitaron el asilo político al ser detectados como agentes por los servicios de contraespionaje de su país. A continuación, y una vez descubiertos, denunciaron a la posible red del KGB en Ginebra. En París, el coronel George Beaufile, veterano de la Resistencia, fue acusado por la DST (Servicio de Inteligencia Francés) de *agente* soviético en conexión con los periodistas rusos Lenski y Sofonov. Beaufile, en el proceso, ha declarado que "la DST intentaba utilizarlo como agente doble". Nunca, en la prensa europea, ha sido denominado Beaufile *disidente*, sino *agente*. Es una cuestión de terminología.

Los servicios de inteligencia israelíes que, junto con los cubanos, pueden ser considerados como los más dinámicos del mundo, están intentando activar el canje de Shcharanski por Günter Guillaume y su esposa, Christel (antiguo secretario del ex canciller Willy Brand, cuyo descubrimiento como *agente* y oficial del Ejército de la RDA provocó la caída de su cargo del actual presidente de la Internacional Socialista). Nadie consideró a Guillaume nunca como *disidente*, sino como *espía*. Un juego de palabras que pudiera resultar parcial: cuando alguien actúa como *agente*, en Occidente es un *espía*; cuando lo hace en los países socialistas, es un *disidente*. Independientemente de que en ambos mundos existan "disidentes ideológicos", no implicados en los procesos de espionaje.

En el juego de presiones, la política del Presidente Carter ha tenido un inesperado viraje. Tras amenazar a la URSS con un bloqueo de sus relaciones comerciales por su incumplimiento de los acuerdos de Helsinki, ha levanta-

do el embargo de dichas relaciones comerciales, explicando que "una cosa son las relaciones comerciales y otra las políticas". El callejón sin salida en que el general Pinochet metió a Carter con el *affaire* Letelier, los recientes golpes de Estado en Bolivia y Honduras y la cobertura legal a la represión política en Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil aconsejan a los norteamericanos diluir la política de "derechos humanos", que pudiera convertirse en un arma de doble filo.

Sin embargo, Israel no parece dispuesto a abandonar el tema de los disidentes en la URSS. *El Mossad* cuenta con una excelente red de agentes dentro de la Unión Soviética, en los que además de una posible ideología cuenta el factor étnico-religioso. Las comunidades judías en Estados Unidos han apoyado la primitiva decisión de Carter de prohibir la venta de un modelo de ordenador electrónico destinado a los complejos petrolíferos siberianos de la URSS. Ahora, cuando se levanta el embargo, se sabe que las mil trescientas personas de origen judío que ocupaban puestos vitales en la tecnología y la seguridad de la URSS no tendrán fácil salida al ser descubierta la lista de Shcharanski. La preocupación de los derechos humanos en Occidente no llega a tanto como para preocuparse por la suerte de Filatov, el cual entregaba a un diplomático extranjero, en el estadio del Dynamo, información sistemática a cambio de dinero en el exterior.

No caer en el juego de la terminología —*disidente*, *agente*, *espía*, *defensor de los derechos humanos*— resulta difícil, tanto en el mundo occidental como en el socialista. En los momentos de guerra fría, la acritud terminológica aumenta, imposibilitando la verdadera información. V. Bolshakov defendía desde *Pravda* los procesos de Moscú: "Los datos que Shcharanski transmitió a Occidente en su conjunto son datos secretos y constituyen en su totalidad secreto estatal de la Unión Soviética... el Código penal de la Federación Rusa permite poner signo de igualdad entre Filatov y Shcharanski. Ambos traicionaron a su patria". Es la guerra fría, la guerra de las palabras. *Disidente* o *agente*, según la óptica interesada. ■ F. G.